

alguna la redención de este valle terrenal de lágrimas, y menos todavía el tránsito a un estado de gloria ó de condenación, sino más bien la pérdida del bien supremo. Es una triste necesidad, solo soportable por la idea de que ningún hombre se puede librar de ella, y de que éste, si la suerte lo quiere, puede llegar a morir de vejez y hartos de la vida. Así se explica que la leyenda atribuya a todos los patriarcas una edad muy avanzada, y no por medio de mágicos efectos de condiciones primitivas que nunca existieron (1). El antiguo Israel, como todos los demás pueblos de ideas análogas sobre el estado después de la muerte, está totalmente circunscrito a la vida terrenal (2). Ciertamente el israelita desea también perpetuarse, mas su idea inmediata en esta parte es la perpetuidad en sus hijos y nietos. No siente, tampoco, por completo la necesidad de una equiparación de la vida que ha hecho el hombre con su felicidad después de la muerte. Dios concede a sus adoradores los tesoros de su tierra, mieses y mosto, y les permite prosperar alegremente, fuertes y sanos; otorga a sus mujeres y a sus rebaños la bendición de la fecundidad, y solo les envía al reino de los muertos después de una larga vida, cuando ya están hartos de ella: ¿qué más pueden desear? Y de su temor de Dios, ¿no es prueba evidente que El no les haga sentir su cólera? Mas a los impíos no deja prosperar Jehova en su tierra. La esterilidad azota sus campos y la peste aniquila sus rebaños; si llegan a mirarse en los ojos de sus hijos, la muerte los cierra antes que ellos mismos mueran; las enfermedades y las persecuciones de sus enemigos les acosan; una muerte repentina y temprana los arrebató de la presencia de Dios; se extingue su linaje, y no queda memoria de su nombre. Por lo demás, pobres y ricos, justos y pecadores, jóvenes y viejos, tienen igual lote; a todos se traga el *scheol* con sus voraces fauces, y ninguno vuelve a pasar sus féreas puertas, para bañarse en la luz del sol.

Como se ve, los conceptos del antiguo Israel sobre el estado después de la muerte no tienen punto de contacto alguno con la religión de Jehova, ni con las ideas morales hijas de ésta; mas tampoco se echa de ver la más leve huella de ideas politeístas, y tiene su importancia el que los encontremos en esa forma primitiva de mera teoría de continuación (3). De esto podemos deducir otra vez la consecuencia de que las tribus semíticas que formaron el pueblo de Israel teniendo por base la religión de Jehova, no habían llegado aun al politeísmo en el momento de aceptar esta religión y profesaban todavía en cierto grado las creencias en los espíritus. Y que la religión de Jehova era algo esencialmente distinto de esas últimas creencias, lo demuestra el que se mantenga indiferente respecto del punto de partida de las teorías animistas, ó sea de las ideas sobre los espíritus de los antepasados, en todo lo que hace referencia solamente a los muertos, pero decididamente contraria a cuanto tiende a relaciones entre los vivos y los difuntos. El que se pone en contacto con estos se hace impuro, esto es, se incapacita para practicar el culto de Jehova; y, como ya sabemos, está prohibido todo conato de comunicación con los espíritus de los muertos.

De este modo se explica que los antiguos conceptos, por demás oscuros y fantásticos, sobre el estado después de la muerte se conservaran al principio al lado de la religión de

(1) Como mantiene aun en los tiempos más modernos el dementado *dilettantismo* teológico.

(2) Verdadera antítesis de los conceptos de la Edad media católica, que llegaron hasta producir cierto carácter enfermizo. Precisamente en este punto es de marcada evidencia el bien que la Reforma, no el Renacimiento, proporcionó a la humanidad.

(3) Véase la obra de Tylor, tomo II, págs. 75 y siguientes.

Jehova, como destituidos de toda significación para las ideas religiosas, mientras que desaparece gradualmente el conjunto de aquellos según los cuales los espíritus de los muertos son seres con facultad para mirar por la prosperidad de sus descendientes, y a los cuales se debe atender por medio de sacrificios. Sin embargo, solo paulatinamente pudo conseguirse este progreso; y aquellas creencias, aunque condenadas, sobrevivieron a la disolución de la nacionalidad. Como el ritual (Deut., 26, 14) nos lo indica y como lo hemos visto en las costumbres del duelo, también existió entre los israelitas el sacrificio a los muertos, que se ha conservado hasta nuestros días en forma rudimentaria entre muchos pueblos cristianos (4). Hemos visto, asimismo, que en los sepelios de los reyes israelitas se hacían, según Jer., 34, 5, tales sacrificios en una forma muy general en toda la tierra, esto es, quemando los objetos dedicados al difunto, y ya hablaremos luego del oráculo de los muertos, que existió hasta los últimos tiempos. De la significación primitiva de estas ideas es testimonio elocuente, por otra parte, el hecho de que la lengua hebrea se sirva para designar el espíritu del muerto y a Dios de una misma palabra: *'elohim* ó sea «gran poder» (5). Ante el espíritu del muerto que se le aparece, se arroja Saul (1. Sam., 28, 14) al suelo en actitud de adoración, como el hombre que está delante de Dios (Núms., 22, 31).

Si bien la religión de Jehova impidió que se formaran interpretaciones mitológicas (6) y asimilaciones de moral politeísta, poniendo término, al propio tiempo, al culto de los espíritus, fué obstáculo, por lo mismo, para que a estos conceptos fantásticos sustituyeran otros más diáfanos y apacibles.

Por eso, en nuestro modo de sentir, la religión de Jehova produjo en este punto un vacío religioso. No llega a formarse al principio una esperanza de inmortalidad, fundada en ideas morales y religiosas. Sin embargo, no se echa de menos entonces este sentimiento; no es solo que al antiguo israelita le basten sus ideas de compensación terrenal, mayormente cuando, según veremos más adelante, su imagen de Dios carece todavía de rasgos morales, sino que en la religión de Jehova se trata ante todo de la relación entre Dios é Israel, y no entre Dios y el israelita. Así como toda religión encierra al propio tiempo que la creencia en la divinidad, la de que por medio de ésta se consigue auxilio contra el predominio de la naturaleza, la de Jehova contiene además cierta esperanza de inmortalidad: la de la indefinida perpetuidad del pueblo, idea de la que todo el antiguo Israel se muestra poseído.

Ahora bien, siendo Jehova el Dios nacional, y desterrado el culto de los antepasados de las familias, quedan desde luego desatendidas las aspiraciones de una adoración individual (7), que en las religiones politeístas tienen su satisfacción en aquel antiguo culto, que continúa al lado del tributado al dios ó a los dioses nacionales, constituyendo, en mayor ó menor grado, el verdadero culto de las masas. Ciertamente que todo israelita podía dirigirse por sí a Jehova; pero éste se hallaba

(4) En la exposición de manjares en la casa del muerto ó sobre su tumba, y también en las misas de difuntos de la iglesia católica. Véase Tylor, tomo II, págs. 29 y siguientes.

(5) Sam., 28, 13. Isaías, 8, 19.

(6) No encontrará reparo alguno en lo arriba expresado el que haya podido cerciorarse de los muchos restos del culto de los antepasados que se han conservado hasta nuestros días, siendo de ello un ejemplo todas las costumbres católicas relacionadas con los sepulcros. En la oración *kaddisch* de los judíos se ha conservado asimismo un resto del culto israelita de los muertos.

(7) Estas aspiraciones suelen ser tanto más vehementes cuanto más abstracta es la concepción de la idea de Dios, como sucedió en la iglesia primitiva y de la Edad media, así como también en el Islam, siendo su consecuencia necesaria el culto de los santos.

representado á menudo en tal forma, que se evitaba mucho acercarse á él sin motivo muy especial y sin mediador. Tan pronto, sin embargo, como hubo cesado este temor, con harta facilidad se atribuyeron á Jehova los conceptos de los espíritus adorados en otro tiempo, y en su consecuencia el antiguo culto de estos y de los antepasados volvió á dominar en Israel á pesar de su condenación, y por otra parte se facilitó la intrusión de dioses ajenos, como culto particular de cada uno al lado del culto del Dios nacional. Esto arroja mucha claridad sobre una buena parte de la historia de la antigua religión israelita; solo cuando se transformó la religión de Jehova en el judaísmo posterior al cautiverio, quedaron desviados estos peligros.

## CAPITULO II

### CREENCIAS RELIGIOSAS Y CULTO DIVINO DE ISRAEL EN LA ÉPOCA ANTERIOR Á LOS PROFETAS

#### I. El Dios nacional Jehova.

El antiguo Israel no tuvo la conciencia de que existiera un supremo ser espiritual, único en su clase, creador y conservador de todas las cosas (1). La época cuya mirada intelectual apenas abarcaba los países inmediatos á la tierra de Canaan, no podía formarse idea del mundo como un universo. Ciertamente que Israel atribuye al Dios que adora la creación de algunos objetos, como el sol (1. Reyes, 8, 12), mas esto es simplemente una derivación aislada del concepto del poder de Dios, con el cual, dados los escasos conocimientos cosmográficos de aquellos tiempos, no hay necesidad de hacer comparaciones. No hay duda que es espíritu el Dios de Israel, mas solo en el sentido de pertenecer á la categoría de los espíritus superiores al hombre, los *'elim* ó *'elohim* (2); en lo demás el israelita no se representa á su Dios como muy apartado de la naturaleza y superior á ésta, sino más bien morando y moviéndose en ella.

El Dios de Israel (3) es ciertamente uno, pero uno al lado de otros, como ya se deduce de que tenga un nombre propio, Jehova (4), por medio del cual se distingue de los otros di-

(1) Respecto al Gén., 2, ya hemos hablado. Gén., 1, es de la época del cautiverio y en él se echa de ver á todas luces la influencia de la cosmología y de la teosofía babilónicas.

(2) La más antigua palabra semítica para designar un dios, esto es, un espíritu superior al hombre, es *'el*, palabra antiquísima, pues que no se conforma con el sistema trifónico, véase la gramática hebrea del autor, págs. 138 y siguientes. Es errónea la opinión de que esta palabra es el nombre del dios más antiguo y principal de los semitas, pues que todo *genius loci* es *'el* (véanse las apariciones en Bet-el y Be'erlahayroi) y todos los seres divinos pertenecen á la categoría de los *'elim* ó *bené'el*, ó sea *bené'elim*, esto es, el linaje de los *'elim* (como *bené hassôrephî*, el gremio de los orífices)—no expresa concepto de subordinación, mas lo adquiere tan pronto como se relaciona esta categoría de seres con Jehova—así como, finalmente, sirve *'el* para designar la divinidad como especie. Ilu, como dios principal de los babilonios, es una abstracción teológica. De *'el* se ha formado *'elohim*, «grande ó poderosa divinidad,» ó «divinidades» en plural.

(3) No estará demás que observemos que aquí solo podemos exponer el concepto de Dios existente en la época anteprofética y también el más generalizado entre las masas en la profética, y que este concepto era muy distinto en algunos individuos, en parte adelantándose al profesado por la mayoría y en parte muy rezagado respecto de éste. Así ha sucedido en todas partes y en todos tiempos, pues no solo la fuerza del raciocinio ha sido siempre distinta en los varios individuos, sino que estos están también sujetos en diverso modo á la influencia de conceptos heredados, los cuales naturalmente habían de ofrecer gran diversidad en las distintas familias y comarcas de un pueblo constituido como el israelita. Mas en todas partes se encuentran determinados tipos fundamentales, y estos son los que hemos de reproducir aquí.

(4) Sobre la significación de este nombre se ha discutido mucho hasta en los tiempos más modernos, y hoy día son muy corrientes dos

ses. Dios es uno, como Israel es uno también, en tanto que en la tierra de Israel no hay más señor que El, solo se adora á El, y en tanto que la situación especial en que están Jehova é Israel uno para con el otro, excluye el culto de toda otra divinidad (5). En el antiguo Israel existe la monolatría, mas no el monoteísmo; Jehova no es en su concepto sino un dios al lado de otros, uno de los muchos seres de la categoría de los espíritus poderosos que gozan de adoración entre los hombres. Que al lado de Jehova hay otros dioses, es para el antiguo israelita una consecuencia lógica y natural de la existencia de otros pueblos que adoran á otras divinidades. Jehova es el Dios de Israel como Kemosch el de Moab, Melkom el de Amón y Baalzebub de los ecronitas. No se trata, pues, en el antiguo Israel de Dios é ídolos, ó Dios y no dioses, sino de Jehova y los dioses ajenos (6), ó del Dios de Israel y de los dioses de otros pueblos. Por eso Jehova, en boca de extraños, es el Dios de los hebreos, así como Kemosch en boca de estos es el de Moab, Baal el de los sidonios y Baalzebub el de Ecron. Estos dioses han dado á sus pueblos las tierras que poseen (7) y los protegen, como Jehova ha dado á Israel la tierra de Canaan y lo protege allí.

Tanto es así, que no solo el antiguo israelita es politeísta teórico y monoteísta práctico, sino que no duda tampoco que en tierra extraña está bajo la influencia de los dioses de esta tierra, que tienen allí más poder que Jehova, y que por lo mismo pueden exigirle su adoración. Así se desprende con marcada evidencia de 2. Reyes, 3, 27, en cuyo pasaje, al referir el antiguo narrador la derrota que los israelitas y judaitas sufrieron delante de Kir-Hareschet, después de una serie de victorias, en la guerra contra el rey moabita Mesa, la explica por haberse desatado contra ellos la cólera del dios de aquella tierra, Kemosch (8). La reconvencción que hace David á Saul de que arrojándole de Israel le obliga á servir otros dioses, y su ruego de que *su sangre no caiga en tierra lejos de la faz de Dios* (9), son testimonios de que el antiguo

distintas versiones; teniendo, según la una, el sentido de «el que es,» y según la otra el de «el que llama á ser;» ambas son poco probables, porque son demasiado contradictorias del concepto de Dios que existía en los tiempos más antiguos, según lo que hemos expuesto. La raíz de que procede Jehova, parece haber significado en otro tiempo caer, tumbar. ¿Significará quizá «el tumbador,» esto es, el que con sus rayos derriba ó destruye á los enemigos y pecadores? No ponemos, sin embargo, gran empeño en que sea esta hipótesis la más exacta (\*).

(5) El mandamiento de no adorar más que á Jehova es por lo mismo ciertamente el fundamental de la religión de Moisés; queda, sin embargo, en duda si la fórmula en que ha llegado hasta nosotros—la más antigua en J. Exodo, 34, 14, y la más moderna en E. Exodo, 20, 3—es antigua ó tal vez debida á los movimientos religiosos bajo la dinastía de Omri.

(6) Así lo expresa muy particularmente E. Dios de los hebreos, Exodo, 5, 18; 5, 3; 7, 16; 10, 3. De Israel ó en Israel, Jueces, 11, 21 y siguientes; 1. Reyes, 1, 30; 17, 14. Igual significación tiene el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y de Sem.

(7) Jueces, 11, 24: *¿No heredas tú lo que Kemosch, tu dios, te deja heredar? Así queremos nosotros heredar á todos los que Jehova, nuestro Dios, ha arrojado de delante de nosotros.* No hay que oponernos á Amós, 9, 7, según cuyo pasaje Jehova había llevado también á Canaan á los arameos y á los filisteos, porque Amós tiene un concepto más desarrollado de Dios; también podría decirse esto desde el punto de vista de la antigua religión, pues que se trata precisamente de Canaan.

(8) El pasaje dice en estilo eufémico: *Y vino grande cólera sobre Israel.* En general se dificulta la interpretación de este pasaje atribuyendo la cólera á Jehova; mas ésta fué concitada por el holocausto hecho por Mesa de su primogénito sobre el muro de la ciudad, siendo este el recurso extremo que emplea el rey moabita, en tan grave trance, para disponer favorablemente á su dios ofendido, cuya cólera se vuelve entonces contra Israel, causante de la situación apurada en que se encuentra el pueblo de Kemosch.

(9) 1. Sam., 26, 19 y siguientes.

(\*) Nosotros encontramos cierta analogía entre la palabra *Jehova* y la voz sanscrita *deva*, divinidad, y la latina *Jove*, ablativo de *Jú-piter*, dios padre.

(N. del T.)



á considerar como obra de ésta, no solo todas las ideas buenas y grandes que en él surgen, sino tambien todas las pasiones que le excitan y le privan de reflexion; y este concepto cobra mayor fuerza cuando se trata de aquellas que conducen al mal, pues cuando el acto está consumado, no quiere comprenderse cómo se ha podido proceder de modo tan perjudicial.

Por eso el antiguo israelita participa de la creencia, muy extendida en el paganismo, de que la divinidad ofusca al hombre de tal suerte que no sabe salir de situaciones difíciles, y le lleva á su ruina; y hasta le excita á cometer actos reprobados que le acarrearán la cólera de Dios, y son causa de su destruccion. Así, la division del reino, la mas terrible desgracia nacional, fué debida á que Jehova ofuscó á Roboam (1. Reyes, 12, 15). De igual suerte Jehova envia entre los profetas de Acab á un espíritu engañador que por medio de falsas predicciones induce á Acab á marchar descuidado contra Ramot, donde encuentra la muerte, siendo Miqueas el único profeta no burlado (1. Reyes, 22, 20 y siguientes). Igualmente envia un espíritu malo entre Abimelech y los de Siquem, que induce á estos á la rebelion contra el primero. Cierto es que en estos ejemplos aparece atenuado el concepto, por la circunstancia de que el mal causado es castigo de pecados anteriores; pero no sucede así cuando, segun la leyenda, David, que se juzga inocente, reconviene á Saul, en 1. Sam., 26, 19: *Si Jehova te incita contra mí, acepte un sacrificio; mas si fueren hijos de hombres, malditos ellos ante Jehova.* El contraste entre Jehova y los hombres es aquí muy significativo; se ve claramente que el antiguo israelita en sus relaciones con la divinidad reconoce en ella principalmente un poder tenebroso que constantemente amenaza destruccion y ruina, destituido de todo carácter moral.

Así, pues, el antiguo Israel no se representa á Jehova como padre cariñoso y providente, sino como un sér cuya cólera es fácil de promover y á quien, por lo terrible de su ira, se debe tener mucho cuidado de no irritar; estando siempre inclinado á suponer que la cólera divina ha sido provocada de un modo cualquiera cuando el curso normal de los sucesos ordinarios se interrumpe, y teniendo interés, por lo mismo, en evitar toda causa de excitacion. Característico de este terrible concepto de Jehova es el proceder de David cuando hace trasladar el Arca á su alcázar.

Si se quiere, pues, describir este poder y esta fuerza sobre-humanos del Dios santo, no se puede evitar que Jehova adquiera rasgos tomados de fenómenos naturales, pues solo en estos observa el hombre manifestaciones de poder y fuerza muy superiores á las suyas, y ante las cuales se encuentra indefenso. Así, la divinidad tiene efectivamente para el antiguo israelita algo de una fuerza natural destructora, que no puede menos de representarse tambien fisiomórficamente.

Aunque hasta aquí hemos encontrado grandes analogías entre los conceptos israelitas de santidad, poder y cólera de Dios y los paganos, hay cierta diferencia entre unos y otros digna de tomarse en cuenta: la cólera de Jehova se revuelve tambien contra las perturbaciones de la situacion especial entre él y el pueblo israelita, situacion que excluye totalmente el culto de otros dioses. En este punto su cólera se convierte en celo, presentándose ante Israel sobre todo como Dios celoso de su soberanía, que castiga y venga toda adoracion de otra divinidad aunque sea juntamente con la suya (1).

Ya hemos visto que la imágen de Jehova adquiere rasgos mas apacibles cuando es considerado como Dios del pueblo

(1) Solo en la época profética fué general esta idea del celo divino; mas ya veremos mas adelante que á este concepto precedió una serie de ideas procedentes directamente de la fundacion del culto mosaico.

y que precisamente por esto toma caracteres morales, pues que se le considera como protector del orden político y social. Mas de aquí nacen todavia otras ideas amables que atenuan el concepto parcial de Dios como un poder terrible. A Jehova como Dios nacional pide Israel que se porte con él como cumple al Dios de un pueblo, esto es, que le ayude y le engrandezca, que le sea fiel y constante, y hasta que le conceda ventajas sobre otros pueblos. Cuando se manifiesta esta esperanza mas terminantemente es cuando Jehova incita, segun la leyenda, Ex., 11, 2 y 3, á que se tomen á los egipcios sus vasos de plata y oro. En esto no hay nada de chocante ni de inmorales en una época en que solo tenían derechos el ciudadano ó aquel á quien se le reconocian por medio de convenio, pero no el extranjero (2).

La leyenda de los patriarcas describe á Jehova como Dios veraz y leal que no da vanas seguridades, como protector benévolo de su creyente, á quien dispensa sus mercedes y salva de todos los peligros; y en esto consiste la duradera importancia religiosa de la leyenda (3). Mas estos rasgos apacibles en el sér de Jehova solo son aplicables á sus relaciones con Israel. El reverso natural de la fidelidad de Jehova hacia Israel, es su furor contra los enemigos de éste y los suyos, á los cuales aniquila sin commiseracion. De un amor de Dios hacia la humanidad no tiene esta época la mas leve idea.

La fidelidad de Jehova hacia su pueblo se demuestra, como es de suponer, en primer lugar y especialmente ayudándole en la guerra contra sus enemigos. El antiguo Israel está convencido de que Jehova sale á campaña con él y está á su lado durante la batalla. El mas antiguo monumento de poesía hebrea, el cántico de Débora, es al propio tiempo el mas antiguo testimonio de esta creencia. En su introduccion describe épicamente la aparicion de Jehova, viniendo del Sinaí, para marchar con su pueblo contra el rey Sisara; luego maldice á los habitantes de Meros, porque no han acudido «al auxilio de Jehova, al auxilio de Jehova que pelea entre los héroes.» En realidad, Israel pelea tambien por Jehova, para que con la extension de sus dominios se ensanchen igualmente los límites de su culto. Otro testimonio de este concepto de Jehova como Dios nacional es el título del *Libro de las guerras de Jehova*, de que hicimos mencion en una página anterior. En el relato bastante antiguo de 1. Sam., 25, dice Abigail, en el v. 28, que es deber de David hacer las guerras de Jehova.

Manifestacion evidente de este concepto es tambien la costumbre de llevarse, cuando se sale á campaña, el Arca, en la cual habita Jehova, segun las mas antiguas nociones (4). Y por último, parece que Jehova, como Dios de la guerra, era llamado «Jehova de los ejércitos» (*Jahwé Sabá'ôth*) (5).

(2) H. Schultz, *Bibl. Theol.*, pág. 506, consigna oportunamente esta circunstancia. Se necesita estar destituido de todo sentido histórico para fundar en este hecho argumentos contra la Biblia y el cristianismo.

(3) De la comparacion de la leyenda de los patriarcas con el texto primitivo de los Libros de los Jueces y de Samuel resulta evidente que en la primera se nos presenta la religion anteprofética en forma mas elevada, mas idealizada y, por lo mismo, mas moderna.

(4) Precedente de esta costumbre histórica puede ser la especie de la leyenda de que el Arca en la emigracion al través del desierto daba la señal para romper la marcha y para las paradas.

(5) Esta interpretacion procede de Herder, pero hasta nuestros dias ha tenido valiosos defensores la otra mas antigua, segun la cual los ejércitos significaba los ejércitos celestes. El único pasaje de época antigua que puede hacerse valer en favor de esta última interpretacion, son los versículos del cántico de Débora (Jueces, 5, 20 y 21): *De los cielos pelearon las estrellas, desde sus órbitas pelearon contra Sisara, arrastróles el torrente de Kischon*, etc. Aquí encontramos ciertamente la creencia, comun á toda la antigüedad semítica, de que las estrellas estaban animadas de espíritus, que intervenian, no solo en el curso de los fenómenos meteóricos, sino tambien en el de los sucesos terrenales y los re-

Estos rasgos mas benignos que concurren en el concepto de Jehova como bienhechor de Israel no contienen, sin embargo, nada que no tenga cabida en varias religiones politeístas; así, por ejemplo, el antiguo griego esperaba iguales beneficios de sus dioses. Hay una gran analogía entre la religion de Jehova y las politeístas, que consiste en que los rasgos que caracterizan la santidad de Jehova le presentan muy claramente como un Dios de destructora naturaleza ígnea, por lo que no puede rechazarse en absoluto la hipótesis de que sea tal vez — como los dioses de la antigüedad — personificacion del fenómeno natural que mas tiene este carácter, la tempestad de truenos. El exámen de los conceptos sobre las manifestaciones de Dios nos demostrará que en realidad no andamos desacertados del todo, pues que la aparicion de Jehova en el Juicio se describe, hasta en los tiempos mas modernos, en medio de truenos y relámpagos.

El hecho de que no se presente á Jehova en parte alguna identificado con la tempestad y que ésta sea siempre considerada como mero instrumento suyo que le obedece, no bastaria para fundar una diferencia principal; tambien Júpiter y Zeus han sido desligados del fenómeno celeste que parecian significar primitivamente.

En cambio, hay una diferencia fundamental en otro punto. El culto de Jehova significa para Israel, Estado y nacionalidad, lo mismo que el de los dioses olímpicos para Grecia, el de Júpiter para Roma y el de las deidades solares para el antiguo Egipto. Pero ¿qué diferencia entre estos dioses del Estado y del pueblo y las divinidades del antiguo orden social, lo mismo en Israel que en los otros pueblos! En los Estados griegos, en Roma y en Egipto (1) se tolera la adoracion de los antepasados de las familias, como en general todo culto local de estas. Ciertamente que los nuevos dioses se ponen al frente del Estado, mas ni siquiera pueden impedir el culto de sus iguales, de otras personificaciones de fenómenos y poderes celestes; forman con estos familias y sistemas de dioses, y observan tambien con aquellos relaciones apacibles, consintiendo que sean adoradas juntamente con ellos estas antiquísimas divinidades, en calidad de dioses inferiores, semidioses y héroes, así como un conquistador tolera á su lado los antiguos soberanos del territorio conquistado, ya en concepto de confederados, ya en el de vasallos ó reyes feudatarios. Hasta en muchos casos, las antiguas deidades continúan siendo objeto de adoracion para las masas. De esta suerte, la formacion del Estado significa para estos pueblos un desarrollo politeísta.

Pero Israel no hizo esta evolucion, como ya lo indicamos en el párrafo IV del capítulo anterior, y como tambien lo demuestra la ausencia de una mitología israelita, y no la hizo precisamente porque Jehova no toleraba junto á su culto, ni el de los espíritus, ni el de deidades celestes. Desde el principio se presenta su adoracion marcadamente hostil al culto de los antepasados, al cual con el tiempo acaba por eliminar,

gulan, y en el dia de la batalla producen un fuerte temporal de aguas que hace crecer las del Kischon. Mas por lo que se refiere á *Jahwe Sabaath*, estos espíritus de las estrellas no aparecen en manera alguna como ejército celeste de Dios, que es de lo que se trata, sino que pelean desde sus órbitas, mientras que Jehova se presenta en el mismo sitio de la batalla. Resulta, pues, que Jehova no aparece en ninguno de los antiguos pasajes bíblicos rodeado de un ejército de espíritus celestes y que estos no son designados ni una sola vez como *sabá'ôth*, mientras que esta expresion se usa repetidas veces para indicar los ejércitos israelitas; y por último, son argumentos favorables al concepto de Herder las locuciones como: *Dios de los escuadrones de Israel* (1. Sam., 17, 45); *El Dios grande, el héroe, Dios de los ejércitos es su nombre* (Jer., 32, 18), que deben interpretarse como version de *Jahwe Sabaath*.

(1) Así como en Méjico, en el Perú y en todos los demás pueblos donde encontraremos igual formacion política.

y no se encuentra el mas leve indicio de que existiera jamás en Israel, al lado de Jehova como *primus inter pares*, otra divinidad, no habiéndose ni siquiera intentado asociarle una en forma femenina, como Astarte á Baal, á Kemosch y á otros dioses semíticos de igual significacion.

Ahora bien: no se puede atribuir esta anomalía á la naturaleza del genio semita, pues solo la encontramos en Israel, mientras que los demás pueblos de la misma raza siguieron la evolucion hacia el politeísmo. Ciertamente que le imprimieron caracteres distintivos del espíritu semítico, pero no por eso dejó de ser politeísmo el que se originó en la manera ya indicada y cuyas divinidades carecian, por lo tanto, de los rasgos especiales que hemos hecho resaltar en el Jehova de Israel. Solo se puede explicar esta singularidad admitiendo que desde el momento en que el culto de Jehova fué introducido en Israel y aceptado este Dios por el pueblo, se le atribuyó un carácter esencialmente distinto del de los dioses politeístas, y esta divergencia solo puede hallarse, segun lo ya expuesto, en que Jehova es el único Dios de Israel, y por lo mismo su culto excluye el de otros dioses. Si esta idea no hubiese existido desde el principio, dados los muchos alicientes que ofrecieron los sucesos históricos desde la inmigracion en la comarca occidental del Jordan para una evolucion politeísta, seguramente habria surgido cualquier otro concepto menos el de la unidad de Jehova, y no solo debemos datar desde la aceptacion de esta idea la fecha de la fundacion del culto, sino que tambien debemos atribuirle á la iniciativa del fundador de la religion de Jehova, pues que es contradictoria de todo cuanto conocemos, así de los pueblos semitas como de los no semitas, y no es posible decir qué otra procedencia haya podido tener. Este análisis nos ha proporcionado, pues, valiosa aclaracion sobre la obra y los conceptos de Moisés.

## II. Intervencion de Jehova en las cosas terrenales.

De lo expuesto en el párrafo anterior, se desprende que se considera á Jehova interviniendo en todas partes y bajo las formas mas diversas en el curso de los sucesos ordinarios. En esto precisamente se reconoce que es un poder divino; todo lo que segun el entendimiento humano ocurre de un modo inesperado ó excesivo es atribuido á él, y en todo lo que parece salirse del orden natural se reconoce la mano de la divinidad. Mientras que para nosotros Dios se manifiesta sobre todo en lo que se suele llamar régimen moral de este mundo, segun el antiguo concepto, es en el milagro donde principalmente se evidencia la intervencion divina.

A este Jehova que segun su voluntad interviene así en la marcha de la naturaleza como en la de la historia, no se le reconoce, como ya hemos visto, ni ubicuidad, ni omnipotencia, ni omnisciencia. Además, el representárselo con estas cualidades es una necesidad mas de la reflexion filosófica que de la fe religiosa. Bastándole á esta última el concepto de Jehova como un sér espiritual infinitamente superior al hombre en poder y saber, se contenta, asimismo, con que oiga al creyente que le llama á su auxilio y se presente á dárselo donde quiera que se encuentre. Esto satisface por completo el interés religioso, el cual prescinde de toda especulacion metafísica.

Ahora bien: Jehova influye infinitas veces en el curso de los sucesos ordinarios, sin que el hombre lo advierta, hasta que siente los efectos de la influencia; mas al propio tiempo el pueblo israelita, como todos los de la antigüedad, está poseído de la creencia de que su Dios se presenta en forma visible y por lo mismo le puede ver cuando ejerce su accion.

Son muy diversos los conceptos que encontramos sobre la



israelita debió de adorar en tierras extrañas, al propio tiempo que á su Dios nacional, á los dioses de estas. Varios rasgos históricos demuestran, asimismo, cómo se consideraba ligado el culto de Jehova á la tierra de Canaan y á los israelitas. Salomon permite á su esposa moabita que adore á su dios Kemosch; Elías, que con energía sangrienta ha procurado desarraigar de Israel el culto de Baal, vive en Sarepta, en casa de una adoradora de aquel dios y come manjares cuyo goce es concedido mediante un sacrificio hecho á Baal; y Na'aman, convencido del poder de Jehova por haberle sanado Elías de su lepra, se lleva tierra del territorio de Israel para poder servir á Jehova en su país (2. Reyes, 5, 15 y siguientes).

Sin embargo, en dos sentidos se muestran conatos ya en el antiguo Israel de romper con esta idea de Dios, y conviene, por cierto, fijarse en que no proceden de razonado examen y reflexión, sino de la energía de la fe religiosa. Primero esta fe religiosa se manifiesta convencida de que Jehova ejerce también su poder en tierra extraña, y luego cree con cándida confianza que su dios es más poderoso que otros dioses. Ambas ideas se fundan en el concepto mitológico de que llevado Jehova de buen grado ó á la fuerza á tierra extraña, da pruebas allí de su poder y perjudica á los dioses extranjeros, como Israel cuando hace incursión en tierra enemiga. Por lo referido en las páginas anteriores, ya pudimos ver la mala pasada que Jehova hizo á Dagon y á los filisteos cuando fué llevado con el Arca á tierra de estos; y aun posteriormente, Isaías (cap. 19) le traslada á Egipto, y allí los dioses tiemblan delante de Él (1). Mas todavía se destaca en la leyenda de los patriarcas la idea de que Jehova acompaña á sus adoradores á otras tierras y allí los ampara y defiende; anuncia á Jacob en Bet el (Gén., 28, 15, J), que estará con él en todas partes á donde vaya; está con José en Egipto (Gén., 39, 2 y siguientes, J), y se traslada con Jacob al mismo país (Gén., 46, 3 y 4 J y E). También en la leyenda de Elías se expresa igual creencia; Jehova es llamado por este profeta á Sarepta y á sus ruegos hace milagros allí, aparécesele otra vez en el mismo lugar y le manda regresar á tierra de Israel.

El Dios de Israel es un sér personal al propio tiempo que espiritual; no puede concebirlo de otro modo la razón de aquellos antiguos tiempos, ajena á toda reflexión filosófica, y no de otro modo el antiguo paganismo podía representarse tampoco á sus dioses. Esto implica necesariamente el concepto antropopático y antropomórfico de Dios. El hombre no puede formarse idea de un sér espiritual y personal sino por analogía á sí propio, pues que no conoce otros seres de estas condiciones; de aquí que Jehova no solo sea un sér que piensa, siente y quiere, sino que su modo de pensar, sentir y querer ha de ser forzosamente interpretado y descrito por analogía á iguales funciones humanas. Este antropopatismo es un elemento saludable en la religión del Antiguo Testamento; atestigua la fuerza y vivacidad de la fe del antiguo Israel (2) y se convierte luego en factor importantísimo para el desarrollo ulterior de esta religión. De él proceden

(1) Igual concepto expresan las comparaciones entre Jehova y otros dioses, tan usuales todavía en época muy posterior, pero que naturalmente procedían de los tiempos más antiguos.

(2) Existe en todas partes donde está viva la creencia en Dios, mas desaparece y es contrarrestada donde sustituye á ésta la reflexión dogmática. No hay de esto mejor demostración que la antítesis que en este punto ofrece el Nuevo Testamento frente al docto judaísmo posterior. En el Nuevo Testamento, una fe en Dios que avasalla todo el mundo, por más que sea sentida en manera totalmente antropopática; en el judaísmo, un concepto de Dios amortiguado y estéril, mas cuidadosamente expurgado de todo antropomorfismo y de toda idea antropopática, y como consecuencia una nueva irrupción de la más desenfadada mitología en las clases incultas del pueblo judío.

los rasgos morales que son gradualmente adquiridos por el concepto de Dios y contribuyen á despojarlo del carácter de fuerza natural; de él parte el desenvolvimiento de este concepto hasta llegar á representar á Dios como un sér superior á la naturaleza y distinto de ella.

Mas cuando un vivo sentimiento de Dios obliga á formar de Él un concepto antropopático, no hay ya más que un paso para representárselo con carácter antropomórfico, atribuyéndole una corporalidad que corresponda á su actividad espiritual; y tanto es así, que aun hoy día la poesía no puede prescindir de este carácter. Si Jehova mira á sus creyentes, esto significa, expresado en manera inteligible á la generalidad, que tiene ojos; si está enojado, sopla por la nariz; si piensa, tiene corazón, y si castiga á los hombres, sacude el brazo y la mano. Hasta, si como persona interviene en el curso de los sucesos, la imaginación se lo representa en forma humana; por eso aparece lo mismo al antiguo israelita que al antiguo griego, perceptible á los sentidos y limitado en el espacio, bajo la figura de un hombre. Mas luego veremos que precisamente en el terreno de las apariciones divinas, se habían igualado ya en la época antigua la necesidad de representarse á Dios como poder espiritual superior al hombre y la otra de sentirle y comprenderle humanamente.

Este sér personal y espiritual es, sin embargo, superior al hombre, esto es, su saber y su poder alcanzan más que los del hombre; y por cierto que en la noción israelita antigua de Dios se destaca más esta última cualidad. Jehova es considerado sobre todo como un sér infinitamente más poderoso que el hombre, como el poder supremo y la voluntad suprema en Israel, aun más que como inteligencia superior. En ninguno de estos dos conceptos impera la idea, adquirida por la vía de la negación, ó sea por reflexión, de que el saber y la voluntad de Dios no tienen límites. Israel no siente ni la omnipotencia ni la omnisciencia de Dios, y solo le considera como muy sabio y sobremanera poderoso, y por lo mismo temible. Así se comprende que las cualidades sobresalientes de Dios, según el concepto anteprofético, sean su poder y su santidad.

Que el antiguo Israel no se representaba á Dios como omnisciente, lo demuestra con toda evidencia la leyenda de los patriarcas, que le hace ir á Sodoma para cerciorarse por sí mismo de la certeza del rumor que había llegado á sus oídos respecto de la corrupción de los habitantes de aquella ciudad (Gén., 18, 20 y siguientes). Son testimonio de esto mismo varios otros hechos por demás cándidos, como, por ejemplo, el que refiere 2. Reyes, 5, 24 y siguientes. Sin embargo, la misma leyenda de los patriarcas presenta á Jehova adivinando los pensamientos de Sara, que se burla interiormente de lo que oye; y por lo que se refiere á materia de oráculos, vemos que en definitiva se atribuye á Jehova cierto conocimiento de toda clase de cosas ocultas, lo mismo pasadas que presentes y futuras. Ciertamente que es esta una materia con la que quizá nuestros niños también relacionan la omnisciencia de Dios.

No menos imperfectas son las ideas del antiguo Israel sobre el poder de Dios, y estas más bien que carácter infantil, lo tienen de recelo y espanto. No existiendo un concepto desarrollado del universo, es natural que falte también el del poder de Dios. Sin embargo, el sentimiento religioso se lo figura de tal manera como el poderoso en la tierra de Canaan, que todo lo grande y temiendo, todo lo que sobrepasa de la medida humana, todo lo incomprendible, es atribuido á Jehova y forma dichos, como: *¿Hay para Dios alguna cosa difícil?* (Gén., 18, 14) ó *para El no es difícil salvar á muchos y á pocos* (1. Sam., 14, 6). Jehova se manifiesta, pues, como Dios cuando practica milagros, haciendo temblar la tierra,

hundiendo ciudades pecadoras en el abismo del mar, castigando su tierra con pestes y hambre é hiriendo á los hombres, esto es, haciéndoles morir sin que preceda una enfermedad visible.

De ahí viene que se le tribute el dictado de *Señor*, que en el curso de la historia ha sufrido una modificación notable. Antiguamente se llamaba á Jehova *ba'al*, de lo cual son testimonio muchos nombres propios de notorios adoradores de Jehova, compuestos con la palabra *ba'al* y en parte desfigurados por la tradición (1). Mas en la época posterior á David desaparecen estos nombres, lo que ciertamente puede estar relacionado con la forma defectuosa y la escasez de la tradición histórica (2). En el estilo literario se usa siempre la palabra *'ádôn* ó *'adónai* («Señor mío», que equivale al «monsieur» francés). Es muy posible que las guerras del tiempo de la dinastía de Omri ejercieran su influencia en esta modificación de los usos de la lengua.

Ahora bien: el concepto de Dios como el poderoso adquiere el carácter de opresión, recelo y espanto, porque se le representa como un Señor inaccesible, que vela celoso para que no se rebasen de modo alguno los límites fijados entre él y los hombres, y porque no se sabe que de la propia esencia de Dios se desprende que El no se sirve de su poder sino para la consecución de los fines más elevados y más perfectos.

Que Dios es un Señor inaccesible se deduce expresamente de la idea de su santidad, idea, sin embargo, que no representa en el antiguo Israel la sublimidad moral de Dios, pues este pensamiento solo llega á ser madurado por la evolución profética. Por santidad de Jehova comprende principalmente el antiguo Israel su majestad física, que exige ser respetada, y la plenitud de su poder, que le permite sostener el derecho á ser adorado y á imponer el verdadero culto. Porque Jehova es santo, por eso es temible é inaccesible; y cuando su santidad se manifiesta al mundo, no solo aparece como majestad, sino también como cólera destructora y como celosa de toda rivalidad. La majestad de Jehova está tan por encima de todo lo terrenal y su aspecto es tan terrible, que ningún sér humano puede mirarla sin morir. Este concepto, muy general en la antigüedad, se encuentra también en el antiguo Israel (Ex., 33, 20. Jueces, 13, 22. Isaías, 6, 5), si bien interrumpido y en varios modos cortado por opuestas ideas más apacibles. Pero precisamente este rasgo de la santidad destructora de Dios adquiere la mayor significación para la vida de cada día, la cual ofrece mayores ocasiones para representarse á Jehova como santo; pues esta idea no solo es dominante en todo lo que atañe al culto, ya que todo aquel que desea acercarse á Dios debe abstenerse cuidadosamente de hacerlo en forma no permitida y poco grata, sino que el tan indispensable respeto que se debe á esta temible cualidad de Dios, es muy difícil de observar, porque todo lo que se consagra á Dios, lo mismo lo que vive que lo que no tiene vida, deja de pertenecer á la categoría de lo profano, goza, como propiedad de Jehova, de una santidad derivada y participa de su inaccesibilidad y de su inviolabilidad; y precisamente á la infracción de este su derecho de propiedad es á la que impone Jehova, según la creencia del tiempo antiguo, el castigo más terrible (3). Así, por ejemplo, en dos ocasio-

(1) Se escribía *boschet*, vergüenza, en vez de *ba'al*, así como en nuestra época se emplean ciertos eufemismos para no tener que pronunciar la palabra «demonio»; ya tratamos este punto anteriormente.

(2) Como última huella de semejante denominación, es considerado por muchos el pasaje de Oseas, 2, 16: *Me llamarás tú* (Israel á Jehova) *marido mío y nunca más me llamarás ba'al mío* (*ba'al* significa lo mismo «señor» que «marido»).

(3) Esto es demostración evidente de que los antiguos israelitas no atribuían al concepto de «santo» carácter alguno moral.

nes hay que lamentar desgracias porque se acercan demasiado al Arca personas que no pertenecen al linaje de sacerdotes encargado de su custodia y servicio. No solo son castigados de un modo terrible los hijos de Jeconías que examinan el Arca, llevada por los filisteos á Betschemesch, sino que también en tiempo de David perece Ussa (Oza) cuando pone sus manos en ella para impedir que caiga. Se cree, pues, que hasta el tocar involuntaria é inocentemente un objeto consagrado á Dios atrae su cólera destructora (4). Abundan en la historia de Israel los ejemplos de terribles represiones de este género.

Esto nos lleva al segundo punto, que nos da también la explicación más clara del concepto antiguo israelita de la santidad de Dios. La preponderancia de la idea del poder en el concepto de la divinidad, y la circunstancia de que en esta época no se conoce la diferencia entre el mal físico y el moral ni se distingue todavía lo malo de lo maligno, son un obstáculo para que se conciba á Jehova como un sér que procede constantemente con fines morales. No faltan, por completo, estos rasgos en el concepto anteprofético de Dios: Jehova, como Dios del pueblo y del Estado, es el protector de la justicia y del orden, el vengador de las costumbres holladas; y en lo que atañe á las relaciones de los israelitas entre sí, su voluntad significa el orden moral de la sociedad israelita. Venga especialmente la infracción del juramento, y cumple la maldición del inocente perseguido y oprimido. Castiga, asimismo, con calamidades públicas la transgresión de los usos heredados y del derecho, de lo cual son ejemplos los males ocurridos á causa del proceder de Saul con los gabaonitas y del censo del pueblo. Para el individuo, es el vengador de la sangre derramada, que clama á él desde la tierra (Gén., 4, 10) y que él la busca en las manos del asesino (Gén., 42, 22 E). Cúidase también, como Dios nacional, de que en su tierra reinen las buenas costumbres y el orden, pues que había dado la tierra de Canaan á Israel porque sus primitivos habitantes, los cananeos, se habían pervertido sobremanera y no eran ya capaces de enmienda. Por iguales razones hace llover fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, y las hunde en las profundidades del mar Muerto. De aquí debió de partir después la transformación del concepto de santidad, comunicándole carácter moral. Pero, á pesar de todo esto, en la época antigua no se extienden estas ideas al curso natural de las cosas, á las relaciones del israelita con el no israelita y á la sociedad que le rodea, y por lo mismo se oscurecen de tal modo en el concepto de Dios, que sin escrípulo alguno se considera también á Jehova como causante de todo lo malo. Se carece de la noción de que con la existencia del mundo está necesariamente ligado cierto número de imperfecciones y que por amor al bien puede ser permitido temporalmente el mal; y así el antiguo israelita convierte el mal en obra directa de Jehova, y reconoce la mano de Dios precisamente cuando se presentan de improviso calamidades inesperadas, cuando se interrumpe el orden natural, cuando, en una palabra, aparece el milagro. Para el mal y la catástrofe no tiene esta época más palabra que *rá'a*, la cual se usa con preferencia en el sentido de una calamidad causada por Dios. Aun, en Amós, 3, 6, encontramos posteriormente: *¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehova no haya hecho?* No solo todas las calamidades públicas son interpretadas como consecuencia de la cólera divina, sino que en general todo lo malo que excede de los límites humanos es atribuido á la iniciativa de Dios. Cuanto más siente el hombre la preponderancia de la divinidad, tanto más se inclina

(4) De ahí que *mikdásch*, «cosa santa», equivalga en el lenguaje usual á algo que no puede tocarse sin que sobrevenga desgracia (Isaías, 8, 14).